

MEMORIA CULTURAL, IDENTIDAD Y SOCIEDAD CIVIL

La versión original de este artículo, que nos ha sido cedido amablemente por la Dra. Heller, fue publicada por la Fundación Friedrich Ebert (Alemania) en lengua inglesa con el título: «Cultural Memory, Identity and Civil Society», *Internationale Politik und Gesellschaft* (2001) 2: 139-143.

Traducido por Ignacio Reyes García, bajo la supervisión de José A. Ramos Arteaga.

La cuestión de la memoria colectiva, promovida primeramente por Halbwachs, se ha convertido en la actualidad en uno de los puntos centrales de interés, principalmente a partir de los trabajos de Pierre Nora, Chaim Yerushalmi y Jan Assman. En este artículo aplico sus herramientas conceptuales.

Cuando hablo de la memoria cultural, no me refiero a las huellas del pasado almacenadas en una especie de conciencia colectiva lista para anular u ocultar en un inconsciente colectivo, enterrado bajo las ruinas del olvido, lo que sólo podría ser restablecido en todo caso por un trabajo sistemático. Antes bien, la memoria cultural está conformada por

objetivaciones que proveen significados de una manera concentrada, significados compartidos por un grupo de personas que los dan por asumidos. Éstos pueden ser textos, tales como pergaminos sagrados, crónicas históricas, poesía lírica o épica. También pueden ser monumentos, tales como edificios o estatuas, abundantes en signos materiales, señales, símbolos y alegorías igual que depósitos de experiencia, memorabilia erigidos a manera de recordatorios.

Más aún, la memoria cultural está incorporada a las prácticas repetidas y repetibles regularmente, tales como fiestas, ceremonias, ritos. Finalmente, la memoria cultural igual que la memoria individual está asociada a los lugares. Lugares donde ha ocurrido algún suceso significativo y único o lugares donde un suceso significativo se repite regularmente. Por ejemplo, muchos pueblos de Europa tienen una colina del Calvario, donde se repite la pasión de Cristo cada Viernes Santo.

La memoria cultural es construcción y afirmación de la identidad. En tanto que un grupo de personas conserva y cultiva una memoria cultural común, este grupo de personas existe. Chaim Yerushalmi analiza cómo el pueblo judío fue cultivando conscientemente su identidad a través de la memoria. La frecuencia del mandato «izachor!», '¡recuerda!', que aparece 169 veces solamente en la Biblia judía, es un caso extremo.

Siempre que la memoria cultural cae en el olvido, un grupo de personas desaparece, con independencia de que la circunstancia quede registrada o no en los libros de historia. El Gobierno de la China comunista tuvo buen cuidado de esto cuando, después de la ocupación del Tibet, mandó a las tropas destruir todos los edificios y estatuas erigidos en los lugares conmemorativos del budismo tibetano. La presencia o la ausencia, la vida o la decadencia de un pueblo no depende

de la supervivencia biológica de un grupo étnico, sino de la supervivencia de la memoria cultural compartida.

Fuertes y complejos edificios culturales han representado el ascenso de grandes culturas durante la era axiológica. Basta referirse a Homero, cuyas *Ilíada* y *Odisea* conservaron el texto básico y vivieron en la memoria de todos los helenos, o las primeras versiones de los primeros cinco libros de la Biblia judía, o todos los sitios sagrados donde las fiestas por el cambio de las estaciones fueron fundidas con mitos e historias de sustento de la memoria cultural.

Las religiones fueron las mayores creadoras de identidad cultural, así como los grupos étnicos y los habitantes de las ciudades, junto con sus instituciones políticas, fueron quienes se imbuyeron de prácticas religiosas. Los lugares conmemorativos, ya sean recordatorios mitológicos o históricos, deben permanecer en la memoria cultural, concretos y distintos al margen de las circunstancias. A veces la distinción es confusa. Sabemos que César no fue asesinado en el Capitolio, pero cuando visitamos el Capitolio en Roma nosotros -lectores de Plutarco y de Shakespeare- visitaremos el lugar donde César fue asesinado.

Esto es ciertamente memoria cultural de segundo orden. Ahora sólo reflexionaré sobre la memoria cultural de primer orden, que es la identidad constitutiva de la memoria cultural, cuando en la realización de ceremonias o ritos, en la fecha exacta en un lugar exacto, el pasado es constantemente convertido en presente. Cada Pascua, los judíos son liberados del yugo egipcio; cada Viernes Santo, Cristo es crucificado. Cada generación experimenta el pasado como su presente.

El lugar central que ocupa la memoria cultural en la construcción de la identidad era cosa sabida y así ha quedado

consagrada la memoria cultural en todas las culturas conocidas por nosotros cuando decimos «desde tiempo inmemorial», pues no damos a entender tiempo sin memoria cultural, sino tiempo de memoria cultural desaparecida sin dejar rastro.

Como también era sabido que, si uno cambia de identidad, también tenía que cambiar de memoria cultural, v.g. Agustín empezó a martillar en las cabezas de los romanos que sus/nuestros padres son Abraham y Moisés, mientras que hasta entonces sus/nuestros antecesores habían sido Rómulo y Remo. La ceniza sagrada traída desde Jerusalén fue llamada en su tiempo memoriae. Pronto no hubo ‘romanos de izquierda’, y no a causa de los visigodos sino porque la identidad cultural romana se convirtió en sujeto de importancia histórica y dejó de ser una identidad constituyente de la memoria cultural. Sabemos que Mussolini quiso resucitar la identidad cultural romana sin mucho éxito.

En la época moderna y particularmente desde finales del siglo XVIII, los cuerpos políticos, el primero y principal el entonces emergente Estado-nación, se convirtieron también en portadores de la memoria cultural. La religión sirvió de modelo para una creación cultural nueva y consciente. La República Francesa se celebró primero en el Campo de Marte por representar una ceremonia en honor del Ser Supremo. Aun así, los estados también realzaron su identidad cultural con fiestas y celebraciones seculares. Del mismo modo que el Catorce de Julio en Francia, los Cuatro de Julio en los Estados Unidos se convirtieron en días conmemorativos de la creación de la República. Las celebraciones de estos días conmemorativos tienen lugar cada año con marchas, despliegue de poderío militar, fuegos artificiales, discursos y demás.

En mi opinión, ningún Estado podría establecer una memoria cultural tan fuerte como lo hicieron las religiones. Pero si la nación, la etnicidad y la religión -o alguna de ellas- refuerza la memoria cultural del Estado, también puede servir como un arma poderosa. La ideología reemplaza entonces a la mitología.

En el proceso de división de las esferas por el que la sociedad civil alcanzó relativa autonomía respecto del Estado que se hizo moderno, el trabajo de construcción y preservación de la memoria cultural se convirtió en la primera y más destacada responsabilidad del Estado, o de los gobiernos. Los estados -o más bien los gobiernos- normalmente alistan para este trabajo a pseudo- intelectuales, más exactamente profesores, poetas, pintores, etc. Les recuerdo a los pintores muralistas mejicanos que casi crearon su propia mito/ideología nacional, que continúa después dicho trabajo.

No evalúo la historia moderna de la creación cultural de la identidad. El contenido mitológico/ideológico de las historias varía de un Estado a otro, de una época a otra. La creación de identidad opera sobre las viejas memorias culturales, seleccionando entre ellas, reinterpretándolas, extendiéndolas, ampliándolas, integrando nuevos contenidos y experiencias.

Aunque, después de un cambio político, la memoria cultural es nuevamente modelada -mientras las oposiciones políticas las adaptan a su manera-, hay también ítems fijos en la memoria cultural moderna que no serán apartados de la memoria por ningún gobierno con alguna inclinación hacia el interés político, pues acabarán por ser insertados en otro diseño. Con todo, también las interpretaciones no-nacionalistas presentarán un autoestereotipo para una identidad prominente, para la unidad de destino, realzando el orgullo y poniendo

frecuentemente el énfasis -aunque no necesariamente y no siempre- en la exclusión de los otros.

Mi preocupación es ahora estructural-funcional y no valorativa. En el momento presente, no quiero discutir si tener una memoria cultural es algo bueno o malo. Mi propuesta ahora es más modesta. Quiero mostrar que en los tiempos modernos -esto es, desde que comenzó su existencia- la sociedad civil o «Bürgerliche Gesellschaft»¹ como tal no tiene memoria cultural. Pero, al decir esto, he planteado otro asunto y en otra dirección. En otras palabras, señalé el carácter problemático del concepto mismo de sociedad civil. Por tanto, si la sociedad civil no tiene memoria cultural, entonces tampoco tiene identidad.

Cuando diferentes personas o eruditos hablan acerca de la sociedad civil hablan de instituciones y prácticas completamente diferentes. La diferencia no es lo importante aquí, ni siquiera la heterogeneidad. En el mundo moderno hay diferencia y heterogeneidad por todas partes. Pero la sociedad civil como concepto tiene una multiplicidad de referentes con poca o ninguna conexión, siendo así que diferentes teóricos eligen alguno de ellos, y no simplemente olvidan sino que excluyen el resto.

Todos los conceptos de sociedad civil en su conjunto incluyen alguna cosa que el Estado no es, o que el Estado -en un momento dado en el tiempo- es sin más ni más.

El mercado pertenece a la sociedad civil, en cuanto que crea por lo menos instituciones enteramente poseídas y gobernadas sin el Estado, e. g. instituciones educativas o sanitarias, o que crea sindicatos, todas las asociaciones civiles, la mafia, todas las corporaciones.

¹ La autora se ayuda aquí del doble sentido que posee en alemán el concepto bürgerliche, que significa tanto 'civil' como 'burgués' [N. T.].

Los movimientos políticos finalistas, que pueden funcionar como grupos de presión, son llamados también sociedad civil, además de los movimientos de rebelión organizada o semi-organizada contra los gobiernos o estados tiránicos.

A los que se añaden los grupos étnicos, los grupos pro-extranjeros y los apátridas, que también ejercen presión sobre el Estado.

La familia también pertenece a lo civil, como las religiones y las instituciones religiosas son colocadas aquí.

Por tanto, son típicas instituciones conservadoras de la memoria, tales como los museos (independientemente de si son privadas, estatales o metropolitanas). Así, la sociedad civil no puede tener una memoria cultural.

Dentro de la sociedad civil hay instituciones y actividades incapaces y reacias a crear memoria cultural, para ellos no es necesaria la creación de una identidad cultural. Sin embargo, hay otros segmentos o instituciones dentro de la sociedad civil que van más lejos, aunque selectivamente, pues heredan retazos de memoria cultural y crean una memoria cultural de su propiedad. La sociedad civil consta así de un mosaico de identidades y no-identidades, de un mosaico de grupos con formación de memoria cultural y otros grupos sin ella.

Permítanme hablar brevemente del mercado o de algún tipo de actividad económica. Marx dijo solamente que el beneficio no tiene memoria, por ello se ocupa sólo de sí mismo. Ciertamente, el beneficio también necesita memoria a corto plazo, pero no una a largo plazo, y particularmente ninguna memoria cultural. La autorregulación del mercado requiere más bien la abolición, la destrucción de la memoria cultural. La queja oída con frecuencia de que el mercado destruye las tradiciones locales es de hecho correcta, por cuanto en la propia función del mercado las prácticas de la memoria cul-

tural son precisamente grandes obstáculos. Pero si uno deja de lado la idea de la autorregulación del mercado, encontrará otras actividades reguladas por el beneficio, todas ellas exclusivamente orientadas al futuro. Por orientación futura yo entiendo orientación al futuro cercano, el futuro del presente. El beneficio es más bien competitivo, no cohesivo (o lo es solamente de una manera cooperativa). Incluso no ya cuando los individuos sino los grupos compiten entre ellos, donde los grupos comparten intereses, tales afiliaciones grupales son contingentes, dependientes del resultado, y mayormente efímeras. Tomando la terminología de Max Weber, son intencionalmente racionales y no un valor racional. En una actividad únicamente guiada por el beneficio no hay ni amor ni odio, aunque existe indiferencia y crueldad. El beneficio carece de estética, no piensa en la repetición, es anti-ceremonial.

Los lugares centrales de la actividad económica, v. g. la bolsa de valores, no son ciertamente lugares de conmemoración. Los corredores de comercio no se congregan cada año en Wall Street por el aniversario de la gran quiebra para recordar y lamentarse. Pero como ya he mencionado, no sólo las actividades estrictamente económicas están orientadas sobre todo al beneficio y la competición. También hay espectáculos de otro tipo. Los acontecimientos deportivos son quizá el espectáculo más popular en nuestros días, pero no pasó por la mente de nadie durante los Juegos Olímpicos de Sidney hacer una peregrinación a Melbourne para rendir tributo a los atletas que obtuvieron la victoria para su equipo en 1956.

Irónicamente, los grandes centros comerciales son llamados a veces las catedrales de la postmodernidad. Esto es cierto sólo en parte. En verdad, los padres llevan a sus hijos cada domingo a la gran superficie comercial igual que solían lle-

varlos a las catedrales. Pero los centros comerciales no son lugares conmemorativos. Aquí no hay pasado que pueda ser «presenciado». Aquí algo nuevo debe aparecer u ocurrir durante cada visita. La necesidad de memoria cultural no queda satisfecha por pagar la visita a la gran superficie comercial. Y tal necesidad existe. La fuerte demostración de fundamentalismo de todo tipo y la influencia de las políticas de identidad de cualquier género, pero también el anhelo de sentido y significado, indican claramente la presencia de tales necesidades.

Pero no sólo carecen hoy de memoria cultural las actividades orientadas al beneficio. Ocurre lo mismo también con la mayoría de los movimientos políticos, actos colectivos de interés público, si son producidos por la sociedad civil y si permanecen dentro de los espacios de la sociedad civil antes de quedar a un lado. Esto sucede con los denominados movimientos finalistas. Mientras tales movimientos mantienen su objetivo en la agenda, ejercen presión sobre el Estado, por la vía de la movilización y la influencia en la opinión pública a través de unos pocos medios, tales como manifestaciones, distribución de panfletos, actividad de propaganda en las instituciones, etc.

Con frecuencia, se llama a esto «elevación de la conciencia». Entre los miembros del núcleo duro de tales movimientos, se comparten símbolos, insignias, signos de «pertenencia», de manera que llevan su identidad en las mangas, en el sentido literal de la palabra. A pesar de compartir signos culturales, tales movimientos se orientan hacia el futuro. Esto es cierto tanto si sus consignas son conservadoras como románticas. En todo caso, lo más importante es que los movimientos finalistas no fundan una tradición cultural propia para las generaciones futuras. Ellos vienen y van. Pueden conseguir su objetivo y quedar de lado precisamente a causa de su, aun-

que sea limitado, éxito, como el abolicionismo, o su propósito puede llegar a ser enteramente inalcanzable y entonces quedar de lado por esta causa, como los movimientos pacifistas. También pueden dejar algunas huellas en las sociedades civiles, pero no serán huellas conmemorativas sino pragmáticas, como cambios en las costumbres, el comportamiento y similares. Normalmente, obtienen una amplia difusión en los medios de comunicación, pero cuando pierden el impulso esos medios pierden todo interés por ellos.

El movimiento más complejo de las últimas décadas, el que en 1968 cambió la vida de la gente en muchos aspectos, no estableció una memoria cultural porque no creó una identidad y viceversa. La única memoria que dejó tras de sí ha sido la nostalgia.

Los movimientos políticos masivos de la sociedad civil, y especialmente las revueltas de la sociedad civil contra un Estado represivo, pueden iniciar una poderosa memoria cultural en tanto que persista la represión. Desde que el Estado represivo dé al acontecimiento -sea revolución, rebelión o actos de desobediencia civil- una interpretación abusiva, la memoria cultural de las víctimas será una memoria alternativa, una contra-memoria. Después de su celebración permanecerán clandestinos, no levantarán monumentos. De hecho, el secreto puede reforzar la memoria cultural al menos por un tiempo.

La situación clandestina puede terminar de dos maneras. O bien los proscritos empiezan a olvidar, y entonces dejan de ser proscritos, o bien su causa emerge.² En el segundo caso,

² La autora emplea la expresión «the marrano situation» y se refiere a sus promotores como «marranos». Pero la referencia étnica que tomó este concepto en español, históricamente despectiva, nos induce a llevar la traducción hasta su etimología árabe (mahrán) como 'cosa prohibida o maldita' [N. T.].

el nuevo gobierno tomará a su cuidado el cultivo de la memoria cultural creada por la rebelión. La contra-memoria se convertirá en memoria oficial. El pasado será celebrado por el Estado, el objetivo será «estatalizado», y la memoria dejará de ser la memoria de la sociedad civil. Esto ocurrió con la revolución de 1956 en Hungría. El 23 de octubre es ahora fiesta oficial y la gente sobre todo deja de recordar. La contra-memoria opera también en condiciones donde un acto de represión no fue precedido por una revuelta, como en el caso de las manifestaciones de las atormentadas madres en Buenos Aires.

Si no estoy equivocada, el movimiento sindical del siglo XIX consiguió establecer un solo día conmemorativo duradero, festivo, que reiteradamente tenía lugar cada año, a saber, la fiesta del Primero de Mayo. Pero la fiesta del Primero de Mayo no está cerca en la memoria, o lo está sin más. Es algo así como un día para divertirse y el día para interpretar la música de los sindicatos y de los partidos socialistas, mientras se reúne en las publicaciones lo que había sido puesto en la agenda política de cada uno y de cada marcha o manifestación en el mismo año.

Hegel señaló al Espíritu Absoluto -esto es el arte, la religión y la filosofía- como el portador de la memoria cultural. Las grandes hazañas políticas no serán olvidadas, porque están inmortalizadas por la escritura, las obras de arte y la religión. Rehúso uno de los puntos de Hegel, concretamente que la filosofía, el instrumento de lo que es conceptual, no establece la identidad cultural, sino la identidad de la modernidad misma. He ahí el porqué no hace recordar el pasado, pero existe íntegramente -como recolección- en el presente. Hegel perteneció a quienes creían que la modernidad está cerca del absoluto desencanto del mundo. Lo cual, sin embargo, es interesante, porque el arte empezó a jugar para sí mismo el

papel de abastecedor de memoria cultural en una fecha tan temprana como el siglo XVIII.

El arte, la creación y la distribución artísticas, son situados en la sociedad civil. Desde la aparición de la nación-Estado y su creciente esfuerzo por crear su propia memoria cultural, el Estado ha puesto todo su empeño en la protección de la supuesta *kulturbourgeoisie*. Y viceversa: la creación de una nueva memoria cultural nacional contribuyó por entonces al surgimiento de la propia nación-Estado. El caso alemán es el más representativo. No era un Estado común, pero la *kulturbourgeoisie* alemana creó el pujante mito acerca de la hermandad espiritual entre la antigua Atenas y la moderna cultura alemana, de modo que extendieron la memoria cultural germana al pasado remoto hasta abarcar la tragedia, la escultura, la filosofía y la arquitectura atenienses. La memoria cultural alemana fue compuesta de este modo como anti-romana y anti-francesa (lo que de francés estaba asociado con lo romano). Fue inventado el culto a los poetas, compositores y pintores nacionales en la sociedad civil, junto con el mito de los genios. Las casas o las tumbas de estos genios nacionales se convirtieron en sitios sagrados, convocando a una peregrinación cuasi religiosa, como la Ermita de Rousseau, la casa de Goethe en Weimar o el piano de Chopin. Durante la ocupación alemana, los holandeses intentaron institucionalizar el día conmemorativo de Rembrandt. En nuestros días, esta clase de culto ha asumido un carácter cosmopolita, ya que los lugares de rememoración se han convertido también en atracciones turísticas.

La generalmente vasta propagación de las políticas identitarias -sea acerca de la raza, etnicidad, tipo de orientación sexual- ha sido iniciada también por las fuerzas de la sociedad civil. En un aspecto, estos movimientos identitarios se parecen a los movimientos finalistas en cuanto a que ejercen pre-

sión sobre el Estado, el Parlamento y las instituciones legales para corregir agravios e introducir la activación de políticas judiciales que han sido largamente demoradas. Pero, puesto que ellos no son finalistas sino movimientos identitarios, más precisamente, sus objetivos conciernen a su identidad, tienen que reestablecer o establecer una memoria cultural para su grupo. Sin memoria cultural compartida no hay identidad. Hasta las familias tienen una memoria cultural, objetivada en viejas cartas, fotografías, saber familiar, etc. Entre todos los grupos que estaban necesitados de una memoria cultural, los grupos étnicos tenían la tarea más fácil, pues nunca habían perdido enteramente su memoria cultural, incluyendo a veces su lengua, aunque no la hayan usado. Muchas cosas que han sido olvidadas pueden ser rescatadas, fundidas con nuevos mitos, con historias de represión y sufrimiento, combinado también con una heterogénea memorabilia cultural, como la música, la ornamentación y el saber religiosos. La latencia implica la restauración y la creación de memoria cultural. A pesar de la diferencia biológica, o quizá también por ella, el intento de crear una poderosa memoria cultural para las mujeres a través de la filosofía y los escritos feministas fue en mi opinión menos afortunado. Aquí se afronta de nuevo un caso claro de contra-memoria con la necesidad de ganar continuidad, un intento que conduce a una gran cantidad de mitologización. En materia de orientación sexual, la creación de memoria cultural mayormente se detiene en el culto a los grandes artistas homosexuales.

Como ya ha sido mencionado, el vaivén entre asimilación y latencia, el repetido movimiento pendular entre universalidad y diferencia, o -para usar la expresión de Foucault- «la puerta giratoria de la razón», están todos conectados con la memoria cultural. Desde que la sociedad civil no es solamente el heterogéneo mosaico de una gran variedad de diferentes

memorias culturales, a veces incluso encontradas y hostiles, sino también un heterogéneo mosaico de actividades y grupos formados sin necesidad de memorias culturales, la elección no es tan simple como parece. No es entre asimilación y latencia, valor y beneficio, pasión y cálculo, pasado y un futuro más entre otros, incluso entre una vida con memorias culturales y una vida sin ellas.

Hay que considerar que la ciencia se convierte en la explicación dominante en el mundo de nuestro tiempo y que la ciencia es una actividad vacía de memoria cultural. Las religiones y las prácticas artísticas, pero sobre todo las primeras, juegan ahora un papel similar al que la ciencia acostumbró a jugar antes de la Ilustración, es decir, el papel de la crítica.

La sociedad civil puede funcionar sin memoria cultural, puede operar fácilmente a través de los conflictos de beneficio y cooperación, limitada a las actividades a corto plazo orientadas al futuro y a la memoria inmediata, sin archivo y sin utopía, guiada simplemente por consideraciones utilitarias. Todavía parece como si la necesidad de memoria cultural fuera muy fuerte y como si la consigna weberiana acerca del desencanto del mundo pudiera ser una de las muchas predicciones fallidas.

La vieja diferenciación conceptual entre comunidad y sociedad viene a mi mente. Parece como si la sociedad pura no pudiera entregar las mercancías que las comunidades mantienen todavía en depósito. Cuando está enfrentada con el auge de los mitos, que ofrecen una especie de sentimiento o pertenencia incluso también con la inhumanidad de las máquinas utilitarias, una pierde la vieja confianza de saber lo que aguarda a la nueva generación. Incluso aquellos que, como yo misma, están entregados al mantenimiento de memorias culturales ampliables, sabemos que uno no recuerda hacia adelante. •

Ph. D. Agnes Heller (Budapest (Hungary), 1929). Hannah Arendt Professor of Philosophy, New School University, Graduate Faculty of Political and Social Science, Department of Philosophy, Room 280, 65 Fifth Avenue, New York, NY 10003, USA. E-mail: HellerA@newschool.edu